

## MARRUECOS EN LAS RELACIONES FRANCOESPAÑOLAS

En el número 15 de estos CUADERNOS (1) expusimos las grandes líneas de la evolución del sistema aplicado por Francia en la zona cherifiana del Imperio marroquí, sometida a su protectorado. Esa evolución, en apariencia mero asunto franco-marroquí, tuvo amplias repercusiones exteriores, que quedaron también señaladas. Puesto que Marruecos era y sigue siendo una cuestión internacional, en la que los interesados —comenzando por los protectores— no pueden proceder a solas ni a su exclusivo arbitrio. Ahora bien: si los acontecimientos de Rabat provocaron ecos en Nueva York y en El Cairo, ¿cómo iban a dejar de tenerlos en Tetuán y en Madrid? Pensar que la zona jalifiana iba a permanecer indiferente ante los rumbos y a las consecuencias de una evolución, que tanto la afectaban, era ingenuo o estúpido. Y pensar que España iba a permanecer pasivamente desatendida del sentir de la zona jalifiana también lo era igualmente. Acaso ciertos sectores deformados por una egocéntrica e irreal visión de las cosas, esperaban, no la indiferencia de España, sino una monstruosa actitud de servilismo como comparsa decorativa y cómplice respecto de su "mala vecina" ultrapirenaica; con la consecuencia directa de estropear sus cordiales relaciones con los marroquíes, y con los pueblos árabes en general. No les hubiera venido mal esa inconcebible actitud como maniobra distractiva para explotar; bien que no creemos que sea con las acusaciones a los demás como puedan enmendarse los yerros y riesgos de la situación francesa en Marruecos, únicamente mejorable por una radical y directa rectificación de la conducta propia. La trayectoria absorcionista seguida en el Ma-

---

(1) *La evolución del Protectorado francés en Marruecos: del control a la cosoberanía*. Número correspondiente al tercer trimestre de 1953. Vid. también en otro anterior CUADERNO: *La colaboración interzonal en Marruecos* (núm. 8) y *Marruecos, la Unión Francesa y España*, en el núm. 15 de CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS (primer trimestre de 1951).

rruecos cherifiano que venía soliviantando a la población del jalifiano, acabó provocando las espectaculares —aunque pacíficas— protestas de todos sus habitantes, encauzadas y exteriorizadas a través de los dignatarios y de las autoridades del Majzen jalifiano. Medidas tan violentas y graves como la deposición y el exilio del soberano marroquí no podían provocar solo comentarios privados o aislados de repulsa. Los marroquíes querían algo más, y España autorizó a los de la zona jalifiana para que exteriorizaran su actitud dentro de vías pacíficas y correctas, puramente internas; ni un solo incidente fronterizo acompañó la exteriorización. El propio Guillaume atribuyó el terrorismo a organizadores residentes en El Cairo.

Ese fué el sentido de la manifestación de Tetuán del 20 de enero de 1954, no preparada por los españoles, como ha escrito cierta prensa; sino simplemente permitida y acogida con la natural adhesión de quien comparte los sentimientos de los marroquíes. Manifestaron éstos por boca de su Gran Visir y ante el alto comisario español tres deseos: 1) condena enérgica y sin atenuantes de la conducta francesa, reafirmando su reconocimiento del Sultán legítimo; 2) adhesión por el contrario a la conducta española, desconociendo la autoridad del Sultán “de repuesto”; para acatar tan sólo al Jalifa, depositario de los poderes de la autoridad legítima. Llegando hasta pedir la *circunstancial separación* de la zona jalifiana de los poderes ilegítimos, mientras subsistieren *dentro de la reafirmación de la idea fundamental, siempre defendida por España de la unidad del Imperio*, y 3) reconocimiento de los sacrificios y desvelos de España, adhesión a ella y a su Caudillo, y esperanza en los rumbos de la política española, uniéndose al esfuerzo común “para lograr juntos la unidad, la grandeza y la libertad de Marruecos que todos anhelamos”. Esas fueron las peticiones de los marroquíes, contestadas por el alto comisario español con un discurso tan valiente y claro como identificado con el sentir marroquí. El remate del acto de Tetuán tuvo lugar en El Pardo, el 10 de febrero siguiente, cuando el Jefe del Estado español recibió a la comisión del Majzen, que le entregó las peticiones. En su contundente e irreprochable respuesta, puntualizó el Jefe del Estado español la disposición de España, inspirada en la comunidad de sentimientos de los dos pueblos y en el cumplimiento de los Tratados, en contraposición con la violenta e insólita acción gala. Afirmando que España seguiría “fiel a los Tratados y leal a sus hermanos marroquíes”, defendiendo con tesón la unidad de Marruecos, sin aceptar situaciones de hecho contrarias a aquéllas, y segura de

que "la fuerza de la razón acabará triunfando de la sinrazón de la fuerza". Entre tanto, la zona jalifiana continuaría bajo la soberanía del Jalifa, asistido del Alto Comisario y del Majzen, guardando las puras esencias del Protectorado, fieles a la unidad del Imperio y al sentir del pueblo marroquí.

\* \* \*

En la zona jalifiana no han ocurrido otros hechos de alcance internacional que los expuestos. La corrección y el orden no se han alterado ni un momento. En la zona cherifiana, en sus vecindades argelinas y en la metrópoli, sí que ocurrieron numerosos hechos reñidos con la calma, con la cordura y con la normalidad internacional. No nos referimos al desarrollo del terrorismo, mera continuación de una situación que ya existía en 1955, y antecedente de la que por desgracia existirá, si Francia no rectifica. Nos referimos al nervosismo, lindante con la histeria, que los actos de Tetuán y El Pardo provocaron en Rabat y París.

Ya antes de celebrarse los primeros, los franceses habían adoptado extraordinarias medidas de seguridad, sobre todo en las fronteras interzonales, y su prensa había iniciado un derroche de sensacionalismo, como si fuera a perpetrarse alguna agresión o "coup de force". Nos cuesta creer que los temores franceses fueran sinceros: por lo menos en sus autoridades. Al mismo tiempo se anunciaba escandalosamente que España iba a proclamar al Jalifa regente del Imperio, o a constituir un *pufferstal* en su zona. La "Nouvelle République du Centre-Ouest", de Tours, afirmaba nada menos que España iba a anexionársela (2). Digamos de pasada que ante el ridículo que supuso la falta de corroboración de tales asertos, los franceses encontraron una salida aceptable para su amor propio: España no se había atrevido, a causa de las medidas francesas. Estas medidas se encaminaban —oficialmente, y según sus autores, se entiende— primero a defender el Marruecos cherifiano; después se las presentó como destinadas a salvaguardar la unidad del Imperio, y los derechos del Sultán!

(2) Número aparecido el 20 de enero, o sea compuesto la víspera de la manifestación de Tetuán, sobre la que informaba sin duda por *adivinación*. La Prensa parisina del 19 publicaba titulares como estos: "Amenaza a la unidad marroquí" (*Le Monde*). "En el Marruecos español se prepara un golpe de Estado" (*France Soir*). "Estado de alarma en Marruecos" (*Paris-Pressé*).

que estaba ya camino de Madagascar, etapa en su destierro a Tahití. El lector conoce algunas de las medidas francesas: campaña publicitaria alarmista y violenta; reunión extraordinaria del Gobierno de París, seguida de un inusitado comunicado —un mal *debut* para el nuevo presidente Coty, antiguo amigo de España—; entrevistas Bidault-Casa Rojas; comparecencia de Matrice Schuman ante la Comisión correspondiente de la Asamblea, llamada temporal del embajador Meynier, y envío de una nota de protesta a Madrid; y hasta marcha de una escuadra a Orán (5). Esto último parece una ironía, porque por desgracia ni Madrid ni Tetuán —pese a la proximidad al mar de la última—, pueden recibir visitas navales, aunque Madrid y París sí pueden recibir visitas aéreas, procedentes del Este. Franceses y españoles sabemos que no están los tiempos para golpes violentos: ni España ha pensado en “liberar” a los marroquíes de la zona cherifiana, ni Francia ha podido pensar en agredir a España; que ante el pasco de la flota —quemando combustible proporcionado por el contribuyente americano en el mismo escenario de la agresión inglesa de 1940— pudo sentirse agraviada pero nunca intimidada. En cambio el lector no conoce bien otros aspectos de las medidas francesas: pedir socorro a los dos países anglosajones, por no tener asideros a los que acudir (4); lanzar insidias respecto de los móviles españoles —desmentidas luego por las organizaciones a las que se atribuyeron como la Liga Árabe y el *Istiqlal* (5); y mover al Majzen-Marioneta, haciéndole declarar su alarma ante los peligros contra la unidad del Imperio cuyo aseguramiento pidió a Francia: nada menos (6). Con la mayor y más ecuaníme calma acogió España

---

(5) La nota francesa y —de contestación— española llevan fecha de 22 de enero y 5 de febrero respectivamente. Las declaraciones del Jongloquente M. Bidault empezaron el 21 de enero; el comunicado ministerial se publicó el 15 de febrero. El 25 de enero empezó también a formular declaraciones el residente Guillaume, que todavía seguía haciéndolas el 5 de marzo. Indudablemente, M. Juin era un silencioso, al menos por comparación.

(4) Cif. por ejemplo el *Manchester Guardian* del 21 de enero y *News Chronicle* destacaban que la escuadra francesa “respaldaba las advertencias a España”. *Daily Express* que “Francia tenía un complot de Franco”.

(5) Vid. *Mimbar Echab* de Tánger del 22 de enero y *Ahram*, de El Cairo, del 25.

(6) De esos dos países, Gran Bretaña unida a Francia por la solidaridad de conductas en casos parecidos —y quizá por acuerdos secretos sobre la zona jabiliana de 1937 y 1939— acogió bien el punto de vista francés; pero sin comprometerse en un asunto que directamente no la concernía. Los Estados Unidos —pese a las insinuaciones de la Prensa gala— se limitaron a desear un arreglo de la tensión, reconociendo que el asunto no les competía. Recuerde el lector que a la sazón iba a reunirse la Conferencia de Berlín, y que Francia acababa de

—Gobierno y pueblo— la actitud francesa. Inútilmente se buscarían en la prensa o la radio españolas una gritería análoga ni referencia a contramedidas de ningún género. Por cortesía diplomática —no practicada por París en las relaciones interpirenaicas— contestó sobriamente al Quai d'Orsay señalando que la manifestación de Tetuán constituía “un acontecimiento de la política interna de la zona y una expresión del sentir general de sus habitantes”. La artificiosa campaña montada a través de los llamados “órganos de expresión” de la opinión pública —propiedad de empresas, partidos o sindicatos— no pudo resistir durante mucho su falta de consistencia, y fué *deshinchándose* lentamente a pesar de los esfuerzos para avivarla, mediante declaraciones del abrunado Residente General, peticiones de debate parlamentario, y sugerencias para avivar las medidas antiespañolas (nunca abandonadas del todo allende los Pirineos desde 1936). Y es que no había base para el escándalo: Schuman reconoció ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea, que España y Francia (?) estaban conformes en mantener la unidad de Marruecos, y en respetar los Tratados; aunque se reservara la apreciación de las frases relativas a la “soberanía” del Jalifa en la zona de influencia española y rechazara nuestras críticas a la acción francesa (“comentarios contrarios”, según Guillaume). Entre tanto, en la zona jalifiana siguió la vida normal, mientras que en la cherifiana persistían los atentados, desapariciones, detenciones, sabotajes, accidentadas y fugaces apariciones del Sultán de repuesto, y mutuos reproches ante el cariz de los acontecimientos. Reproches que llegaron a la metrópoli y trascendieron al público con el *rapport* de la misión parlamentaria que visitó Marruecos y los informes o declaraciones de diversas personalidades (7). Alguna como Flandin —templado por una experiencia de las que carecen las gentes improvisadas como Bidault— lamentó la conducta francesa hacia España, aun desde un punto de vista estrictamente francés (8). Tímida pero claramente la “Unión de Intelectuales Independientes” condenó la mala vo-

---

experimental ruidosas derrotas en Indochina. Por cierto que “Newsweek” llegó a presumir un eventual abandono de las bases americanas en Marruecos, de continuar la intranquilidad. Luego ha resultado que los americanos quieren bases en Argelia y Túnez.

(7) Vid. las declaraciones de uno de los miembros de la Comisión, M. Verdier, publicadas el 15 de enero. Y el discurso de M. De Moustier ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea del 10 de febrero. Cif. la resolución de la Comisión del 11 de marzo, y las manifestaciones de Robert Schuman a *L'Express* el 23 de marzo.

(8) Artículo publicado en *Bulletin de Paris* el 3 de febrero.

luntad francesa hacia España (y no sólo respecto de Marruecos), preconizando un entendimiento mutuamente provechoso (9). En fin: fijado a petición de socialistas y ex-gaullistas, el 5 de marzo para iniciar un debate parlamentario sobre el caso, el asambleísta Sflio Conte se encontró con la Cámara vacía —veintiocho asambleístas— al pretender abrirla. Retrasado el debate, el ambiente era tal, que el 15 de marzo se aplazó *sine die*, a pesar de la petición del portavoz oficial Pierre July.

\* \* \*

Como remate de esta etapa, lamentable desde cualquier punto de vista internacional de carácter constructivo, el ministro de Asuntos Exteriores español formuló unas declaraciones ("realistas y prudentes", según el oficioso *Le Monde*) a un redactor de *Bulletin de Paris* el 2 de marzo. En ellas, contestando a las preguntas que se le formulaban, consideraba deseable que las relaciones españolas fueran por lo menos de buena vecindad, ya que para ser amistosas habrían de fundarse en el mutuo respeto a las instituciones de cada país, asunto de la respectiva competencia doméstica. Abonaban tal propósito, solo español, los precedentes del acuerdo Jordana-Berard y de la reapertura española de la frontera pisenáica. España, cuya decidida posición occidentalista es notoria y cuya participación es precisa para satisfacer las necesidades estratégicas en África del Norte, estaba dispuesta al diálogo y a la conversación sobre todas las cuestiones litigiosas: lo contrario del sistema francés del monólogo en las relaciones con nuestro país. En tales conversaciones los problemas marroquíes tienen sustantividad propia y definida, sin que se puedan involucrar con otros cualesquiera de interés exclusivamente hispanofrancés. Pero las realidades de la acción de protectorado en África se relacionan con factores que no son estrictamente hispanofranceses, a lo que nos obliga una tradición de cultura común y una vinculación histórica con los pueblos árabes. "La España actual —dijo— no ha repudiado nunca la herencia cultural hispanoárabe del Califato de Córdoba". Centró el ministro dos cuestiones un tanto desenfocadas en las preguntas que sufriera, expresando que no creía que las relaciones hispanofrancesas fueran u agra-

(9) Manifiesto del 10 de febrero.

varese (al menos por el lado español); pudiendo tan sólo suceder que siguieran discurriendo por cauces distintos. Manteniéndose relaciones diplomáticas plenas, la vía de la negociación —añadió— debería ser la normal, y no la del arbitraje de terceros, propio de problemas específicos y jurídicos, menos amplios que el campo de las relaciones políticas. Salvo que se aludiera al origen internacional del actual régimen marroquí, “el cual, en efecto, si entrase en crisis podría llevar a una revisión también internacional del sistema; hipótesis no estudiada todavía por el Gobierno español, porque nadie había hablado con su conocimiento de revisión de los Tratados. Por el momento —concluyó—, basta “con que el régimen establecido en Algeciras y la legalidad del Protectorado sean cumplidos, por todos, de buena fe”.

\* \* \*

En fin, a título de faceta característica, mencionemos la de la campaña propagandística francesa: entre el diluvio de reproches, acusaciones e imputaciones a España se deslizaban las viejas tesis, según las cuales, su posición en Marruecos era la de una “sublocataria” de Francia (*Figaro*) que no podía invocar “ningún poder político, sino todo lo más un poder de mera administración” (*Sud-Ouest de Burdeos*), por corresponder a Francia el aseguramiento de la seguridad y la representación total del Imperio cherifiano (10). La mención de Marruecos como “Estado Asociado de la Unión Francesa” fué en general evitada: señal de que la actitud española ha sido bastante eficaz para estropear ciertos planes, abiertamente confesados por sus autores, puesto en marcha desde 1946 —aceleradamente en 1955—, y desde luego tan incompatibles con los invocados Tratados, como mortales para la subsistencia de Marruecos. Por otra parte, el periódico sensacionalista caiota *Al Josef*, había mencionado su plan para crear una república francomarroquí en la zona cherifiana el 15 de diciembre de 1955. Por fin, Mr. Conte explayó su intervención en la cual partiendo de la conducta de España en Marruecos lo que atacó con minuciosidad fué la política exterior española en general, su falta de

(10) 21-22 de enero. Afirmaciones las últimas que repitieron los elementos oficiales ante la Comisión de la Asamblea.

sumisión a los deseos franceses, y el concierto de los acuerdos hispanonor-  
teamericanos.

\* \* \*

Volvamos ahora del terreno de los hechos al del derecho que debe regir en nuestros días las relaciones internacionales entre los pueblos civilizados, dentro de ciertos principios proclamados solemnemente en multitud de instrumentos firmados por Francia. Como el del real respeto a los compromisos en vigor; el de la resolución pacífica de las diferencias; el de no interferencia en los asuntos ajenos; y en general el de la colaboración internacional dentro del espíritu de buena vecindad, en los problemas comunes. La cuestión marroquí es sólo uno de los muchos problemas existentes en las relaciones francoespañolas.

Ningún interés tiene España en suscitar o cultivar diferencias con ningún país, y más tratándose de una potencia fuerte, diplomáticamente poderosa y ligada por vínculos de civilización a nuestro país. Ensayamos durante todo el siglo XVIII una estrecha política de colaboración francoespañola, casi siempre subordinadamente. El experimento fué desastroso. La agresión napoleónica nos costó nuestro Imperio, nuestra flota y nuestro desenvolvimiento económico, sin la menor compensación en 1814-15; al contrario, los vencidos fueron encargados diez años después de restablecer nuestro orden interior por la Santa Alianza. ¿Qué dirían los franceses si en 1956 la C. E. D. encargara a los alemanes ya rearmados de "ordenarlos", so pretexto de evitar el advenimiento del comunismo, y tras de no haberles concedido compensación ninguna en 1945? A lo largo del siglo XIX, la política francesa contó o no, según sus conveniencias, con España, pero en todo caso tratándola como "entité négligéable" (11). Desde 1830, su presencia en Argelia inició nuestro taponamiento entre dos

(11) A los franceses les convino llevarnos de comparsas a México, en donde Prim tuvo que abandonarlos al descubrir sus catastróficos propósitos; y a Annam, donde se forjaron un Imperio (que ahora van a perder) a costa del esfuerzo sin recompensa de los soldados filipinos de Palanca; y hubieran querido llevarnos a Crimea. Pero no a Roma; ni venos en el Papífico o en el África Negra. Francia, que intentó protegernos con Inglaterra (1854) y quedarse con Menorca, quiso instaurar luego un protectorado dinástico, y decidió asociarnos a su derrota de 1870 sin resultado. Desde la Restauración su camino fué el de debilitarnos y eliminarnos, por cualquier medio, en cualquier ocasión y en todos los escenarios, desde el Muni al Magreb.



Francias, completado en 1912. Francia decidió con Inglaterra y sin España —contra España y Marruecos—, la suerte del Imperio en 1904, aceptando de la peor gana —y con los peores “arrières pensées”— nuestra reducida “influencia” en el norte del Imperio. Que mermó en 1912 y aun contra lo pactado en ese año en 1924-25 y 1934; porque no ha podido posteriormente (1922, 1936, 1939) expulsarnos. La actitud francesa no ha sido la expresión de una pugna política entre Estados concurrentes o aún rivales: España nunca quiso ser una amenaza para aquélla, como se vió en los días difíciles para su vecina de 1914-18 y de 1939-44, tan olvidados ahora. La acción francesa fué igualmente egoísta con los españoles individualmente considerados; en su mayoría pobres gentes atraídas hacia las más rudas tareas colonizadoras o laborales, y repelidas cuando no hacían falta. Incluso cuando el Estado francés parecía actuar como “amigo” y “protector” de los “demócratas” españoles —en realidad, prolongando la guerra civil española para destrozar a nuestro país sin distinción de colores—, ni siquiera prescindió respecto de aquéllos, de los campos de concentración, de las brigadas de trabajo en el desierto, de la recluta coactiva (como “carne de cañón” desde Flandes al Tonkin) y de las incautaciones. En Europa no ha cesado Francia de pretender la asfixia y la exclusión de España desde 1945 (Declaración tripartita de 1946, envío de terroristas, cierre de la frontera 1946-48, eliminación del Plan Marshall en 1948 y de la O. E. C. E., etc.). En Africa esos objetivos han revestido todos los aspectos locales imaginables: ayuda armada a los rebeldes, intrusiones, maniobras de mediatización, vetos, etc. El resentimiento popular español parece lógico; y sin embargo, aun existiendo, jamás España ha hecho de los agravios más o menos vivos, el motivo de inspiración de su política exterior. Mirando al porvenir, superando toda visión estrecha de *revancha*, propia de otros climas, ha perseguido tenazmente y persigue aún, el entendimiento con su vecina: en beneficio mutuo, en el del Occidente y en el del mundo. Solo que bajo condiciones decorosas, incluyendo entre ellas la de no concluir ningún *marchandage* a costa del pueblo marroquí; lo que además de inicuo sería estéril, si es que no contraproducente. Si realmente la *sagesse* francesa no se eclipsara al enfocar los asuntos cispirenaicos, los estadistas de París comprenderían que el camino recto —el de la lealtad, el respeto y la colaboración— es también el más práctico y provechoso. Los intereses exteriores de España son tan concretos y tan ra-

zonables sus aspiraciones que en nada causan una lesión fundamental a los franceses.

\* \* \*

España no ha originado las dificultades francesas en la zona cherifiana, de exclusivo origen interno, por mucho que haya molestado a ciertos sectores e intereses de Rabat el contraste con el panorama de la vecina zona. En lugar de pretender que rectificemos nuestra acerada conducta, son ellos que deben hacerlo respecto de sus errores, como plumas francesas han escrito (12). Los derechos del Sultán no se defienden deponiéndolo. Ni la unidad del Imperio, pretendiendo engullirlo a través de la "co-soberanía" como "Estado asociado": a menos que la *unificación* se entienda sólo en el sentido unilateral de consumarla bajo la exclusiva e ilimitada autoridad francesa. Ni pretendiendo dividirlo en un Marruecos colonial costero, otro árabe "majzenizado" (por fuera) y una "reserva hereder" para feudales y autóctonos, en el Atlas. Por otra parte, tenemos que recordar que la vieja teoría del "subprotectorado" lleva muchos años de apolillamiento para pretender desenterrarla, muy inoportunamente por cierto. La soberanía del Jalifa en la zona tutelada por España no es una invención hecha en Tetuán o en El Pardo en 1954; está en el artículo primero del Tratado de Madrid de 27 de noviembre de 1912, que el Sultán aceptó en 15 de abril de 1913, y que todos los países de este lado del telón han aceptado de una forma o de otra. *Soberanía por delegación plena e indefinida* del último soberano total y legítimo que ha tenido Marruecos (al que reconocen hoy por lo menos veintitrés Estados independientes, de ellos quince miembros de la O. N. U.), y que revalida la adhesión del pueblo marroquí, sin distinciones. La soberanía del Sultán se respeta eliminando la violación o el desconocimiento de sus poderes, y empezando por retornar a la legitimidad. La unidad del Imperio se defiende aplicando las estipulaciones de Algeciras —sin necesidad de ser obligados a ello por las medidas económicas de quienes habiendo ganado un pleito en La Haya, se encuentran luego con que no se cumple el fallo— y las demás convenciones que conservan parcialmente aquella unidad, dentro de las

(12) Véase el instructivo libro *L'Afrique du Nord en marche*, de Julien, 1957.

trágica realidad actual de los tres Marruecos. Procurando, pues, no acentuar el contraste y menos la oposición entre las zonas, ni erigir en sus fronteras "murallas de la China". Ni desconocer la existencia de los otros Marruecos no cherifianos. En fin, el espíritu y la letra de los Tratados se delienden haciendo marchar al país, con el ritmo acelerado que exigen los tiempos y a través del camino de las reformas mencionadas en 1912, hacia su total capacitación: en otras palabras —las del Alto Comisario español en sus declaraciones al enviado de A B C el 24 de enero de 1954—, hacia su independencia. Jugar a la democracia en París y en Nueva York para negarla prácticamente en Rabat es un contrasentido que no puede beneficiar a nadie; ni seducir a España como ruta a seguir en concepto de "comparsa pobre". Es aquél juego el que ha originado los apuros franceses en el Magreb, desviados torpemente hasta crear un estado de tensión franco-española, que no se sostiene por sí. Cesen, pues, tan suicida juego y tan artificiosa tensión y desc vía libre al recto espíritu de negociación y cooperación, que por el lado español sólo encontrará facilidades; dentro, claro está, de los principios éticos señalados por nuestro ministro de Asuntos Exteriores. El tiempo no está contra nosotros, y es mejor una rectificación *a tiempo*, que agotar las perspectivas para evitar que el triunfo de la fuerza de la razón sobre la sinrazón de la fuerza se produzca en forma explosiva, dolorosa y con quebranto de culpables e inocentes.

José M.<sup>a</sup> CORDERO TORRES

